

## **Marcos 1:16-20**

Sermón Marcos 1:16-20 Epifanía 3, 2012 Jonás 3:15,10; 1 Cor. 7:29-31

Andando junto al Mar de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés que echaban la red en el mar, porque eran pescadores. Jesús les dijo: —Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres. Y dejando al instante sus redes, lo siguieron. Pasando de allí un poco más adelante, vio a Jacobo, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca remendando las redes; y en seguida los llamó. Entonces, dejando a su padre, Zebedeo, en la barca con los jornaleros, lo siguieron. (Marcos 1.16–20).

En los versículos antes de nuestro texto, escuchamos del comienzo del ministerio de Jesús en Galilea. Dice Marcos 1:14-15: “Después que Juan fue encarcelado, Jesús fue a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios. Decía: «El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!».” (Marcos 1.14–15). Tal vez habríamos esperado que después del anuncio de Juan el Bautista que venía uno más poderoso que él, el ministerio de Jesús comenzara con grandes y espectaculares señales desde el cielo de su poder y grandeza divinos. En vez de eso Jesús es llevado al desierto en donde es tentado por Satanás y está entre las fieras, y luego comienza a predicar que el tiempo se ha cumplido, que con su venida el reino de Dios se ha acercado en el remoto y despreciado área de Galilea. Y tampoco el primer paso en establecer ese reinado de Dios parece llamativo y espectacular. Nuestro texto nos indica que comienza con Jesús llamando a unos humildes pescadores para formar el grupo de discípulos y seguidores de Jesús que se prepararía para la misión continua de Jesús de establecer el reino de Dios, no con acontecimientos espectaculares, sino por medio de su humilde palabra predicada por hombres humildes.

Nosotros también debemos tener parte en este propósito de Jesús de establecer el reino de Dios. Consideremos hoy el tema: Sigamos al Señor que nos llama. Veremos que Jesús es el que llama. Y veremos que los hombres en seguida lo siguen.

El mensaje de Jesús, como el de Juan el Bautista, es un mensaje de arrepentimiento y fe en el evangelio. Aquí el arrepentimiento es el lado negativo, el lamentar y dejar el pecado, y es seguido

por la fe en el evangelio, poner la confianza en las buenas noticias de que en Jesús hay perdón de los pecados y liberación de la condenación y del poder del pecado. Jesús mismo comenzó, en ese lugar remoto, alejado del centro del judaísmo, predicando ese mensaje. Pero lo que Jesús tenía en mente, llevar ese mensaje al mundo, requería también de trabajadores, personas que serían preparados para dar testimonio de Cristo y el plan de salvación.

Nuestro texto comienza diciendo: “Andando junto al Mar de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés que echaban la red en el mar, porque eran pescadores. Jesús les dijo: —Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres”. Sabemos que no era la primera vez que estos hombres sabían algo de Jesús. Estaban en Judea entre los que escuchaban a Juan el Bautista. Allí habían visto que Juan señaló a Jesús como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Cuando Juan repitió ese testimonio al día siguiente, Andrés era uno de los dos discípulos de Juan el Bautista que siguió a Jesús a su casa para recibir su enseñanza. Él, impresionado con lo que Jesús enseñaba, fue y encontró a Simón, su hermano, y lo llevó a Jesús. Había mucho que todavía no sabían acerca de Jesús, pero sabían lo esencial, que era el Mesías, el Salvador enviado por Dios.

Este Salvador es ahora quien les llama para participar en una misión especial. Eran pescadores, que aprovechaban las productivas aguas del Mar de Galilea, ese gran lago del norte de Palestina, para ganarse la vida pescando para sostener a sí mismos y para vender el producto de sus labores. Ahora harían algo análogo pero mucho más grande. Serían pescadores de hombres. Se ven echando sus redes cuando Jesús los encuentra en su caminata por la orilla del mar. Desde ahora usarían la red del evangelio para recoger hombres para salvación que viene por el mensaje de arrepentimiento y perdón en conexión con la obra salvadora del Mesías que ellos ahora se unirían con Jesús en proclamar. Para prepararse para esa gran tarea, que traería a los seres humanos el mayor beneficio posible, ahora acompañarían a Jesús y aprenderían de él como su actividad principal.

Después de llamar a Andrés y a Simón, Jesús avanzó un poco más en su caminata y vio a dos personas más que ya lo conocían, Jacobo y Juan, los hijos de Zebedeo. A ellos también les llama. Ellos también deben seguirlo. Habría otros discípulos llamados después, pero estos cuatro, especialmente Simón o

Pedro, Jacobo y Juan, formarían el centro íntimo de los discípulos de Jesús, que estarían con él en momentos tan trascendentales como la Transfiguración y la oración de Jesús en el Huerto de Getsemaní.

Les aguardaban tres años de preparación, años en que verían no sólo las maravillas que haría Jesús, sino también observarían la creciente oposición a Jesús que culminaría en su muerte por crucifixión a manos de Poncio Pilatos.

Después de su resurrección y antes de su ascensión, Jesús seguiría llamando a personas, de hecho a todos los cristianos, a compartir también la obra que comenzarían estos discípulos y apóstoles. “Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Amén” (Mateo 28.19–20). Este llamamiento no se dirige a unos pocos, sino a toda la cristiandad en la tierra. Cada uno tenemos el llamamiento a hacer lo que podamos para que otros lleguen a conocer a Cristo y su salvación. Cada padre de familia en el hogar, cada madre cristiana, cada vecino cristiano, compañero de trabajo cristiano, puede usar la red del evangelio para pescar hombres, para traer a los que no conocen a Jesucristo como su Salvador a las bendiciones del perdón de pecados y la vida eterna.

En público, generalmente lo hacemos por medio de aquellos que son llamados al ministerio público, pero en las relaciones diarias personales, todos tenemos el privilegio y el llamamiento a compartir con otros el bendito evangelio de salvación que presenta ante los ojos y oídos de las personas la obra salvadora de Jesús en la cruz.

¿Pero qué será la respuesta al llamamiento de Jesús? En nuestro texto, vemos que en seguida los cuatro individuos que fueron llamados para ser discípulos de tiempo completo aceptaron. De Simón y Andrés escuchamos que “dejando al instante sus redes, lo siguieron”. De Jacobo y Juan escuchamos que “dejando a su padre, Zebedeo, en la barca con los jornaleros, lo siguieron”.

“Lo siguieron”. ¿Pero qué significa seguir a Jesús? Es más que recibir unas lecciones cuando las circunstancias parezcan favorables. Jesús viene para seguir el camino a la muerte de cruz. Y una parte de aprender lo que significa ser discípulos de Jesús es llegar a darse cuenta de que el discípulo no es más que

su maestro. Así que Jesús les iba a tener que enseñar a seguirlo también en el rechazo y, tal vez, hasta la muerte por su causa y su nombre.

“»No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada, porque he venido a poner en enemistad al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. Así que los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halle su vida, la perderá; y el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mateo 10.34–39).

“Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14.22). El camino de Jesús culminaría en gloria, cuando sería elevado a la diestra de Dios Padre todopoderoso. Pero el camino para llegar a ese punto conduciría por la ignominia del sufrimiento y la muerte como un criminal en la cruz. Asimismo, sus seguidores pueden esperar que el camino de seguir a Jesús en la tierra y ser sus fieles discípulos no serán sólo días de alegría y del evidente favor de Dios, sino muchas veces de tribulación y rechazo, igual como sucedió con Jesús. Pero ese camino de la cruz, ese camino de tribulaciones, culmina en la gloria también para los que han puesto su confianza en Jesús y lo han seguido. Termina con la entrada plena en el reino de Dios. Así cuando Jesús habló de las condiciones cerca al fin del mundo, también dice: “Seréis odiados por todos por causa de mi nombre, pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas” (Lucas 21.17–19).

Es a este camino de seguir a Jesús que Andrés y Pedro, Jacobo y Juan se comprometieron ese día al lado del Mar de Galilea. Según la tradición, tanto Andrés y Pedro fueron crucificados. El libro de Hechos nos informa que Jacobo fue matado a espada por orden de Herodes. De todos los apóstoles, sólo Juan, según la tradición, murió una muerte natural de edad avanzada. Sin embargo, todos fueron fieles hasta la muerte, y por tanto ahora gozan de la corona de la vida.

Tenemos razón por estar agradecidos por el fiel discipulado de estos hombres, porque fueron el comienzo de la cadena que ha transmitido el evangelio hasta a nosotros. Y ahora el mismo evangelio llama a nosotros para también seguir a Cristo y traer

bendición a nuestros prójimos mediante nuestro fiel testimonio acerca de Jesús y su salvación. Como estos cuatro, hagamos también el centro de nuestra vida Cristo y la fidelidad y servicio a él. Y que Dios nos guarde hasta el fin, cuando nosotros también alcanzaremos la corona de la vida. Amén.